

*Myrtia*, nº 13, 1998, pp. 177-186

## F. ARÉVALO Y LAS CORRECCIONES AL TEXTO DE PRUDENCIO

ELENA GALLEGO MOYA  
Universidad de Alicante<sup>1</sup>

**Summary:** The criticism that Arévalo made to the editors that had tried to correct some mistakes in Prudence's work is analysed and valued. He considered that these "corrections" came from the ignorance of the characteristics of the latin of that age and they spoil the text. Bergman or Cunningham agree with Arévalo in their modern editions. The passages studied are: *Pe.* 3, 64; *Pe.* 3, 209; *C 7*, 7; *C 7*, 24; *C 7*, 98; *C 7*, 134; *C 7*, 161.

0. Como ya mostrábamos en otro lugar<sup>2</sup>, Arévalo, editor de Prudencio<sup>3</sup>, en su deseo de justificar y encomiar la obra de su poeta, responde a las críticas de que había sido objeto por parte de distintos estudiosos, mostrando que las características prosódicas de este autor no

---

<sup>1</sup> Este trabajo, realizado gracias a una Beca de Investigación CajaMurcia, se inserta en el Proyecto de Investigación DEGES PB95-1018. **Dirección para correspondencia:** E. Gallego. Dpto. Prehistoria, Arqueología, H<sup>a</sup> Antigua, Filología Griega y Filología Latina. Campus San Vicente de Raspeig. Universidad de Alicante, 23071 Alicante (España).

*Copyright* 1999: Secretariado de Publicaciones. Universidad de Murcia (España).  
ISSN: 0213-76-74.

<sup>2</sup> "Características prosódicas de la poesía de Prudencio. Aportaciones de F. Arévalo", trabajo que se encuentra en prensa.

<sup>3</sup> *M. Aurelii Clementis Prudentii V. C. Carmina ad optimas quasque Editiones et Mss. Codd. Romanos aliosque recognita et correctata ...* [Tomus Primus. Romae, MDCCLXXXVIII; Tomus Secundus. Romae, MDCCLXXXVIII]. (Reimpreso en *PL* 59, col. 567-1078, y *PL* 60, col. 10-596). Citamos por la edición de la *Patrologia Latina*.

podían ser juzgadas, al contrario de lo que hacían algunos, como defectos, sino que respondían a unas leyes, de diversa naturaleza, dentro de las cuales se situaba no sólo la poesía de los autores cristianos, y en concreto la de Prudencio, sino también, en buena parte, la de los mejores poetas clásicos latinos.

Pero Arévalo, además de explicar que las palabras que aparecían como incorrectas en diferentes catálogos -y otras muchas también censuradas- eran perfectamente justificables, se siente en la obligación de defender a Prudencio de algunas "incorrectas correcciones" de que ha sido objeto<sup>4</sup> o, por mejor decir, de atacar a quienes se han atrevido a "enmendarlo", insistiendo en que son muy pocos los que se pueden considerar "errores métricos" y que en estos pocos casos tendría nuestro autor como aliados a los mejores poetas, a Horacio, a Virgilio y a muchos otros, puesto que -afirma- no son en realidad errores, sino licencias, permitidas a todo poeta<sup>5</sup>. Es el olvido de estas consideraciones lo que ha sido causa, dice nuestro humanista, de que muchos autores tratando de enmendar los textos cristianos los hayan corrompido, y de que Prudencio haya sido en no pocas ocasiones "mal corregido".

No es Arévalo, desde luego, el primer estudioso que admira y defiende a Prudencio, pero los ataques a él dirigidos se mantenían vivos en esta época de modo especial; es el siglo que admira la belleza formal, la perfección, el clasicismo y obras como las de los poetas cristianos no podían ser juzgadas favorablemente si se las observaba desde el más puro y casi utópico clasicismo.

Si en toda época los editores de textos clásicos han ejercido el arte de la conjetura y han enmendado lo que consideraban equivocado o mejorable, con mayor razón podían hacerlo con un texto cristiano que distaba de los considerados modelos. Pero no se trataba de errores de los códices, sino de

---

<sup>4</sup> A ello dedica el capítulo XXV de los Prolegómenos (o *Prudentiana*) de su edición de Prudencio, que lleva por título: *Prudentius ab aliis corruptus, ab aliis male correctus, ab aliis defensus. Peculiares animadversiones de eius prosodia*, cols. 736-744. En los comentarios que hace al texto de su edición insiste en este aspecto cuando es necesario.

<sup>5</sup> Así, considera muy oportuna la sentencia de Terenciano Mauro en torno a los cómicos: *"In metra peccant arte, non inscitia"* (Cf. *Prudentiana*, col. 737).

fallos que algunos atribuían a Prudencio, y en esto se equivocaban ellos, pues sus opiniones partían de un desconocimiento absoluto de la antigüedad<sup>6</sup>.

1. Nuestro humanista, aunque en el cuerpo de su edición va a comentar algunas de estas "correcciones", dedica también a ellas, especialmente a las de Blanchini<sup>7</sup>, una parte de sus *Prolegomena*.

Blanchini, a quien elogia Arévalo por su erudición y por su labor en el oficio isidoriano, es criticado, sin embargo, en la enmienda que realiza de los himnos de Prudencio en el oficio mozarábico. Le acusa no sólo de atribuir al poeta versos que no eran suyos, sino de, al tratar de corregir algunos otros, corromperlos. Son los siguientes: *Pe.* 3, 64; *Pe.* 3, 209; *C* 7, 7; *C* 7, 24; *C* 7, 98; *C* 7, 134; *C* 7, 161<sup>8</sup>.

1.1. En *Pe.* 3, 64 (Himno a santa Eulalia): *mane superba tribunal adit*, Blanchini quiso enmendar el verso con un *tribunalia*, sustituto de *tribunal*.

Arévalo no acepta esta conjetura, aunque así se encuentre en el Breviario mozarabe, y defiende el mantenimiento de *tribunal* porque así lo exige el metro<sup>9</sup>. La importancia que la corrección métrica tiene para Arévalo y el saber que Prudencio conocía la prosodia y respetaba los esquemas métricos le lleva, sin duda, a no aceptar este cambio.

Que nuestro humanista tenía razón lo confirma el que así se ha

---

<sup>6</sup> Así lo manifestaba ya Barthius, cuyo juicio trae en su apoyo Arévalo en el lib. LXI, cap. 23 de sus *Adversaria*: "*Talia plura sunt apud Christianos vates, quae nos ignorantia antiquitatis, ob amissos tot egregios, imo fere uno et altero demptis, summos Romanae eloquentiae conditores non intellecta damnamus ...*" (Cf. *PL*, 59, col. 737).

<sup>7</sup> Se trata de sus lecturas al texto de Prudencio en la edición que llevó a cabo del Oficio mozarabe (*Libellus orationum, anecdotus ecclesiasticorum officiorum Gotico-hispanus = Thomasii opera omnia I, partes I-II*, Roma 1741).

<sup>8</sup> Los versos se citan por la edición de Arévalo.

<sup>9</sup> Se trata de un trímetro dactílico hipercataléctico. Cf. el comentario de Arévalo a este verso (*PL* 60, col. 345).

mantenido, por ejemplo, en las ediciones de Bergman<sup>10</sup> y Cunningham<sup>11</sup>.

1.2. En *Pe. 3, 209: texta feram pede dactylico*, quiso enmendar *dactylico*, cambiándolo por *dactylo*.

En el comentario a este verso<sup>12</sup> explica Arévalo, como ya hacía en los Prolegómenos, que Blanchini se equivocó con esta enmienda.

En efecto, tampoco convenía al metro; este himno, como ya indicábamos en el ejemplo anterior, está escrito en trímetros dactílicos hipercatalécticos; las cuatro sílabas del término "*dactylico*" forman el dactilo último más la sílaba siguiente.

También las ediciones de Bergman y Cunningham avalan la postura de Arévalo.

1.3. *C 7, 7: quo fibra cordis expiatur vividi*. A este texto aporta Blanchini dos correcciones: *expiamur* y *lividi*.

Arévalo juzga que *expiamur* es incorrecto, pues -dice- *fibra* es un nominativo.

Ciertamente, aunque omita cualquier explicación en este sentido por considerarla innecesaria, son razones prosódicas y métricas las que invalidan el propuesto *expiamur*; es decir, con ello el corrector no sólo no mejora, sino que perjudica el texto de Prudencio y al propio Prudencio. Si aceptamos *expiamur*, *fibra* es ablativo, y su -a final, cuya medida es larga, forma con la sílaba siguiente un espondeo, algo inadmisibles en el segundo pie del trímetro yámbico y, sin duda, impropio de Prudencio.

---

<sup>10</sup> *Aurelii Prudentii Clementis Carmina. Recensit et prolegomenis, commentario critico, indicibus instruxit. Vindobonae-Lipsiae 1926 (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum-CSEL).*

<sup>11</sup> *Aurelii Prudentii Clementis carmina, cura et studio M.P. CUNNINGHAM, Corpus Christianorum (CChr). Series Latina vol. CXXVI, Turnhout, 1966. También en la francesa de Lavarenne (Prudence, 4 vols. París, 1945-1955) o en la española de Rodríguez-Ortega (Obras completas de A. Prudencio. Edición bilingüe. BAC, Madrid, 1981).*

<sup>12</sup> *PL 60, col. 356*

En el comentario al verso<sup>13</sup> se refiere a la lectura *vividi*, que ha sido corregida por *lividi*, aunque en este caso reseña a los editores que mantienen *vividi* e informa de que así está en los manuscritos de Heinsio, menos en uno, y, por otra parte, señala que *lividi* es la lectura elegida, entre otros, por Aldo y Heinsio.

También los editores modernos dan la razón a Arévalo, que en este caso, aunque la métrica no ofrecía apoyo en la elección y aunque había manuscritos con ambas *lectiones*, debió de elegir el adjetivo por su carga semántica y mejor adecuación al sustantivo que calificaba. *Cor lividus* es inaceptable en este contexto, ya se de al adjetivo su valor de "color negruzco", ya, y mucho menos, su valor metafórico, "envidioso". *Cor vividus*, sin embargo, expresa un corazón "lleno de vida", "animado", "inquieto".

1.4. El verso de *C* 7, 24: *liberque flatu laxiore spiritus* ha sido cambiado en su primera palabra en sólo una consonante (*libet*, en vez del correcto *liber*); Arévalo dice no entenderlo, aunque nada añade en el comentario a este lugar.

No hay duda de que fue una mala lectura, una mera equivocación, en la que el editor no reparó; evidentemente nada conviene a este texto un *libet* y, lógicamente, también las ediciones de Bergman y Cunningham mantienen la lectura de nuestro humanista.

1.5. *C* 7, 98: *veteresque nugas condomare ac frangere* es leído por Blanchini *condonare et frangere*. Dice Arévalo que en contra del sentido y del metro puso *condonare*, y en el comentario<sup>14</sup> remite a los Prolegómenos<sup>15</sup>, donde indicaba ya que Blanchini cambió equivocadamente *condomare* en *condonare*.

La equivocación, aparte de afectar al sentido (no significa aquí nada *veteres nugas condonare*), afecta al metro (-*doma*- representa el necesario

---

<sup>13</sup> *PL* 59, col. 812.

<sup>14</sup> *PL* 59, col. 848.

<sup>15</sup> Cf. *Prudentiana*, col. 739.

yambo cuarto; *-dona-* sería un espondeo incorrecto en el cuarto pie).

Como en los demás casos, las ediciones mantienen idéntica postura; la equivocación, que molesta al texto de Prudencio, partiría, como supone Arévalo, de un error que Blanchini no debió de advertir<sup>16</sup>.

1.6. El verso de C 7, 134: *impendet, inquit, ira summi vindicis* -dice Arévalo en los Prolegómenos- Blanchini lo modificó cambiando *ira* por *ita*, lo cual está de nuevo en contra del sentido y del metro<sup>17</sup>.

Las ediciones que venimos citando ofrecen el verso igual que el de Arévalo y que otras muchas ediciones antiguas, por lo que es preciso reconocer que nuestro humanista se recrea en esta clase de críticas, del mismo modo que en ocasiones parece atribuirse méritos que no le son del todo propios<sup>18</sup>.

1.7. C 7, 161: *nullus bibendi, nemo vescendi memor* lo vio Arévalo escrito con un *vivendi*, pero él manifiesta que debía corregirse en *bibendi*. En cuanto a Blanchini, le critica que escribiese *habendi*, a no ser que sea, añade, un error del tipógrafo, un error, naturalmente, que tiene detrás el *bibendi* que Arévalo defiende como conveniente al texto de Prudencio.

Como era de esperar, *bibendi* se mantiene en las ediciones.

Las correcciones de Blanchini al texto de Prudencio son, por consiguiente, de distinta naturaleza. En algunos casos (así en *tribunalia*, *dactylo* y *expiamur*) existe una voluntad clara de que las enmiendas "mejoren" el texto de Prudencio, enmiendas que juzga Arévalo de inadmisibles desde el punto de vista métrico; en otros, se trata de descuidos de editor, criticables como tales, o tal vez, dice Arévalo, de errores tipográficos; no obstante,

---

<sup>16</sup> Dice Arévalo, con cierta malicia, que esta lectura "quizá partía de un error tipográfico de la edición de Giselino, que éste había advertido en las erratas", es decir, critica sutilmente a Blanchini seguir la edición de Giselino sin demasiado juicio crítico y sin demasiada atención.

<sup>17</sup> La *i* de *ira* es larga y la cantidad de la *i* de *ita* es breve. En el verso, naturalmente, se precisa de una vocal larga.

<sup>18</sup> Así, por ejemplo, en el comentario a este verso (PL 59, col. 850) parece un acierto personal la elección de *vindicis*.

también en estos casos el texto se ve corrompido, pues se hace decir a Prudencio cosas ininteligibles.

Arévalo para estas correcciones, reseñadas como ejemplo en los Prolegómenos ya mencionados, ha seleccionado dos pasajes del himno 3 de *Peristephanon* y cinco del himno 7 de *Cathemerinon*; le sirven de ejemplo de la forma de actuar de algunos editores; de modo similar a Blanchini lo hizo Gallandi, dice nuestro humanista, aunque no va a dar cuenta aquí de ninguno de sus cambios.

2. En los comentarios a su edición de Prudencio sí se detiene Arévalo a discutir versos que le parecen criticables, o a defender o, al menos, dar cuenta, de su elección, que la mayoría de las veces cuenta con el refrendo de los mejores editores<sup>19</sup>. Vemos algunos ejemplos:

2.1. *C* 10, 154 *recubabit ut est Eleazar*.

En el comentario<sup>20</sup> da cuenta de que *ut est Eleazar* no es unánimemente aceptado. Así, dice, está en la mayoría de códices y se adecua a la métrica (el verso es dímetro anapéstico cataléctico), pero sabe que frente a esta lectura algunos editores, entre ellos Heinsio, cuya autoridad siguieron Chamillard, Cellarius y Teoli, ofrecen *ut illa Lazari*, que aparecía también, aunque debido a una segunda mano, en un manuscrito.

Arévalo con acierto prefiere este texto, que ya se leía en la edición de Aldo, frente a la "corrección" innecesaria, cuyo origen explica en otro lugar<sup>21</sup>; ésta parte de desconocer que Prudencio mide el nombre *Lazarus* con la primera sílaba larga y la segunda breve; con estas cantidades aparece el nombre en otros lugares<sup>22</sup>. Fue el desconocimiento de esta particularidad

---

<sup>19</sup> Nos referimos también aquí a Bergman y Cunningham especialmente.

<sup>20</sup> *PL* 59, col. 887.

<sup>21</sup> En el comentario a otro verso (*A* 743). *Cf.* *PL* 59, col. 981.

<sup>22</sup> No sólo en *A* 743; también en *C* 9, 47.

prosódica la que motivó la sustitución, completamente injustificada<sup>23</sup>.

### 2.2. S II 45 *sic unum sectantur iter, et inania rerum*.

Es otro caso en el que Arévalo critica los cambios que por desconocimiento se han incorporado al texto.

Esta lectura que él aprueba la mostraba un manuscrito, el *Alexandrinus*<sup>24</sup>; estaba en la edición de Aldo y también en la de Giselino; pero había otras propuestas, que él menciona: *sic cassa figuris*, de Heinsio, seguido también en este caso por Chamillard y Teoli, u otras lecturas de manuscritos: *sic segnia rerum* en unos; *sic inania rerum*, en otros<sup>25</sup>.

Añade que los correctores corrompieron el texto por ignorar que Prudencio alargaba la breve ante cesura. Aunque no lo explicita es evidente que la corrección provino de advertir la cantidad breve de *iter*; en ese lugar se necesita una larga, la primera del dáctilo. Ahora bien, esa sílaba se alarga por cesura y, por tanto, el problema no existe.

También las ediciones modernas que hemos venido citando dan la razón a Arévalo.

2.3. Los versos A 724-725: *Non sicut sculptor ab aeris/ rudere decoctam consuescit vivere massam* ofrecen la oportunidad a nuestro humanista de cuestionar el trabajo de Gisellinus<sup>26</sup> y defender la latinidad de su poeta.

Giselino<sup>27</sup> leía *non sicut sculptor ab aere/ Crudam, et inexactam consuescit fingere massam*, es decir, sustituía *aeris rudere decoctam* y *vivere*.

La lectura que Arévalo ofrece contaba con el respaldo de la mayoría

<sup>23</sup> Otra lectura, de Giselino, *ubi est Eleazar*, de la que dice Arévalo que ignora de dónde pudo sacarla, la aprobaría si se lo permitiesen los códices.

<sup>24</sup> *Codex Vaticanus Alexandrinus* 321, que Arévalo describe en *Prudentiana*, cols. 624-625.

<sup>25</sup> Gifanio penaba que podía abreviarse *sic* (en este lugar se necesita una breve, la primera breve del dáctilo).

<sup>26</sup> Éste también editó (y criticó) a Prudencio: *Aurelii Prudentii Clementis viri consularis opera a Victore Giselino correctata et annotationibus illustrata...* Paría, 1562.

<sup>27</sup> Así también en la edición *Daventriense*.

de manuscritos, y también estaba en las ediciones, pero frente a ello, Giselino debió de juzgar no correcto decir *rudus aeris*. Arévalo explica que Prudencio puso *rudus aeris* por *aes nondum excoctum*, de modo semejante a como dijo en el himno a S. Lorenzo (*Pe. 2*, 189-190): *aurum quod ardentem sitis/ effosa gignunt rudera*<sup>28</sup>. Por tanto, la corrección no es oportuna.

Tampoco es necesaria la sustitución de *vivere* por  *fingere*, porque *vivere*, afirma, se dice de las estatuas hechas con arte, lo cual está confirmado por muchos ejemplos.

En esta ocasión, sin embargo, no es tan combativo. Pensamos que hay diversas razones para ello. En primer lugar,  *fingere* está también en algunos manuscritos; en segundo lugar, *vivere* es defendido por algunos editores contra los que Arévalo se sitúa en no pocas ocasiones.

Heinsio había elegido *vivere* y Chamillard, según su costumbre<sup>29</sup>, mantiene la lectura de Heinsio; también lo hacía Teolio, que añadía que la lectura de Heinsio, partiendo de los códices, era la únicamente verdadera y que la gloria de la lectura restituida se debía solamente a Heinsio.

Arévalo apostilla que no todos los códices ofrecen esta lectura y, además, que antes de Heinsio, en Aldo y en otras ediciones se lee *vivere*; y que no es tan cierta la lectura de Heinsio que no pueda sostenerse la otra, pues  *fingere* también se dice muy convenientemente de un escultor; además, añade, Prudencio utiliza  *fingere* en contextos semejantes. Y concluye: *Ita nunc fingere massam non dedecet. Imo nonnemo existimat omnino praeferendum esse fingere massam*<sup>30</sup>.

3. Hemos dicho que los editores modernos respaldan, en los casos analizados, la postura de Arévalo; sin embargo, vamos a ofrecer un ejemplo en que no existe coincidencia.

A 316: *A domino dominus flammam pluit in Sodomitas* ofrece *flammam*, acusativo de plural, frente a *flammam*, acusativo de singular, presente en Bergman y Cunningham.

---

<sup>28</sup> Añade que la puerta *aerata* de Roma se dice *rauduscula*, porque *rudus* o *raudus* se dice con propiedad del *aes*.

<sup>29</sup> En su prefacio advertía que iba a seguir sus lecturas.

<sup>30</sup> Parece claro que si Heinsio y sus seguidores hubiesen preferido  *fingere*, y si Teolio no hubiese alabado de ese modo a este editor, la defensa de Arévalo de  *fingere* hubiese sido menor.

Arévalo, como manifiesta en su comentario al verso<sup>31</sup>, sabe de la existencia de *flamma*, que Heinsio había encontrado en un manuscrito, y de *flammam*, presente en otros más antiguos, también de Heinsio; pero, con todo, él considera *flammas* más apropiado que la lección vulgata (*flammam*<sup>32</sup>).

No explica la razón por la que ha preferido el acusativo de plural; por nuestra parte, pensamos que, además de ser posible métricamente, y además de contar con el respaldo de algunos manuscritos<sup>33</sup>, la elección responde de modo primordial<sup>34</sup> a cuestiones de eufonía; tiene que ver con el *iudicium aurium*; Arévalo, como buen músico, tiene que percibir mejor una -s en *flammas* que una -m, ante una p, incómoda de pronunciar y molesta de oír; las -s finales del verso (*dominuS, flammaS, SoddomitaS*), sirven para poner énfasis, individualizan las palabras, lograr con la aliteración efectos convenientes al contexto.

Aunque hemos advertido de la diferencia en este caso de Arévalo y otras ediciones modernas no hay que insistir en que ésta es mínima y poco significativa y no afecta negativamente al trabajo de nuestro humanista.

Los ejemplos revisados nos muestran, como anticipábamos, el acierto de sus lecturas y el buen conocimiento que de la latinidad de Prudencio, y en particular de sus características prosódicas, tenía Arévalo, así como de la seriedad de su trabajo, que tiene siempre en cuenta, analiza y juzga, lo producido hasta el momento<sup>35</sup>.

**Elena Gallego Moya**

---

<sup>31</sup> PL 59, col. 949.

<sup>32</sup> Chamillard y Cellario, recuerda, copian a Heinsio.

<sup>33</sup> Las ediciones que mencionamos dan cuenta de ello.

<sup>34</sup> El que Chamillard o Cellario, que habían criticado el latín de Prudencio, hubiesen elegido *flammam*, quizá le indujo a elegir lo contrario.

<sup>35</sup> Así lo hemos podido comprobar, por ejemplo, en nuestro artículo "Las ediciones de Juvenco en Arévalo", en *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico II*. Universidad de Cádiz, 1996, págs. 495-501.